

cogido yo y santificado, para que mi nombre sea invocado en él para siempre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo». Hállanse en la historia de las sociedades revoluciones que marchan lentamente al través de las edades y entre pueblos diversos; la Providencia las dirige, el tiempo sólo las hace madurar y las termina, y el hombre apenas puede verlas y juzgarlas, porque ocupa solamente un punto en el espacio. Muchas de esas revoluciones son cual cometas errantes que surcan la inmensidad y se ven á largos intervalos, apareciéndose á una generación y mostrándose después á generaciones remotas. La tendencia actual de las ideas y de los instintos de los pueblos ¿aproximará el Oriente y Occidente?

III

Preparémonos para visitar metódicamente y con fruto, cuanto en Jerusalén nos interese. Como el pensamiento que en ella domina á todos es el de la pasión de nuestro divino Redentor, primera y principalmente se anhela ver y adorar los lugares en que se realizaron las grandiosas escenas de la redención, en que la más inocente de las víctimas fué perseguida, maltratada, condenada á muerte y crucificada por el pueblo al cual acababa de salvar después de colmarle de beneficios; tales son los lugares que pasamos á describir. Con el Evangelio en la mano vamos á recordar la pasión, ocupándonos al mismo tiempo en la descripción de los lugares y en el examen del proceso formado á Jesús.

He aquí como se consumó la mayor de las iniquidades.

Saliendo de Jerusalén por la puerta Oriental, ó de San Esteban, como en el día la llaman los cristianos, bájase al valle de Josefát, y después de cruzar el torrente de Cedrón, se encuentra el monte de los Olivos, y á corto trecho el huerto y la gruta de Gethsemaní.

Refiere el Evangelio que habiendo Jesús celebrado la Pascua en compañía de sus discípulos, encaminóse con ellos al monte de los Olivos. El monte Olivete era la morada de Jesús en este mundo; ordinariamente pasaba el día enseñando en el templo, y por la noche iba á este monte á orar, y á él fué para descender á Jerusalén, es decir, á la muerte. Detúvose en el lugar llamado Gethsemaní, *valle fértil*, donde había reunido con frecuencia á sus discípulos. Todos los Apóstoles estaban presentes; Jesús llevó consigo á tres: Pedro, Juan y Santiago, los testigos del Thabor, y después de haber recomendado á los demás que velaran y oraran, á fin de que no cayesen en tentación, se alejó.



V. Labiella Sc.

Salvador Ribas, Editor.

EL MONTE DE LOS OLIVOS

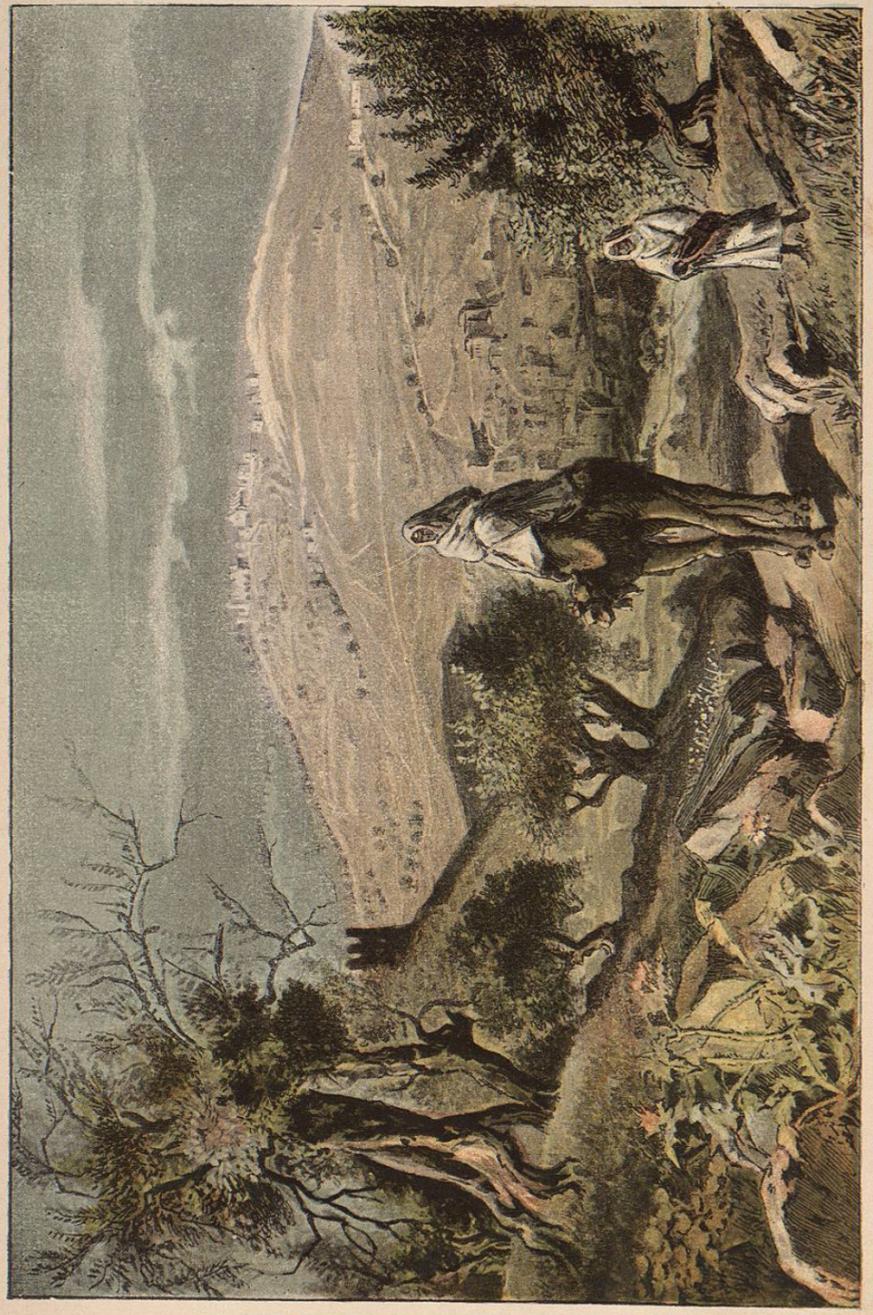
A. Cerina, dib.

seguido yo y santificado, para que me envíen sea invocaco en él para siempre, y estén fijos sobre el mundo y las naciones en todo tiempo». Hallanse en la historia de las sucesivas revoluciones que marchan lentamente al través de las edades y en sus variaciones diversos: la Providencia las dirige, el tiempo solo las hace madurar y las termina, y el hombre apenas puede verlas y dirigirlas por un espacio solamente un punto en el espacio. Muchas de esas revoluciones son cual cometas errantes que surcan la inmensidad y se van a otros horizontes, apareciéndose á una generacion y mostrándose luego en las generaciones remotas. La tendencia actual de las ideas y de las acciones de los pueblos aproximará el Oriente y Occidente.

Preparámonos para recibir el día de la gran cuenta en Jerusalen una ciudad que se llama Jerusalen y que en ella domina á todo es el templo, el templo de los sacerdotes, primera y principalmente el templo de los sacerdotes que se realizaron las grandiosas obras de Jerusalen, de que es más inocente de las víctimas que perseguida y crucificada por el pueblo al cual acostaba. Tales son los lugares que nos vamos á recordar la pasada. Tales son los lugares y en el espacio de Jerusalen.

He aquí como se dice en el Evangelio: Saliendo de Jerusalen y viniendo á Betan, como en el día la llaman los extranjeros, y después de cruzar el torrente de Cedron, y á corto trecho el huerto y la gruta.

Refiere el Evangelio que Jesús iba en compañía de sus discípulos, en un día, al monte de los Olivos. El monte Olivete era la morada de Jesús y allí pasaba el día enseñando en el templo y al monte á orar, y á él fué para descender á Gethsemani. Detúvose en el lugar llamado Gethsemani, donde habían reunido con frecuencia á sus discípulos. Jesús llevó consigo á tres: Pedro, Santiago, los hermanos del Thabor, y después de haber reconocido los lugares que velaran y oraran, á fin de que no cayesen en tentacion.



V. Labielle Sc.
Salvador Ribas, Editor

EL MONTE DE LOS OLIVOS

A. Serriá, dib.

Desde aquel momento empezó á sufrir interiormente, como si el temor y la angustia se apoderaran de su alma ; y dijo á los que le acompañaban : « Triste está mi alma hasta la muerte ». Díjoles después que velaran ; se separó á corta distancia de ellos, como un tiro de piedra, y puesto de rodillas, oraba, diciendo : « Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz ; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya ». Siguió orando con el rostro en tierra ; había tomado la naturaleza humana, y estaba pasando por sus desfallecimientos, y al dar el ejemplo de la oración y de la sumisión, experimenta hacia la muerte el espanto que la muerte inspira á toda carne. Un sudor como de gotas de saugre corría de su cuerpo, y sufrió así el horror de la agonía, horror de que casi siempre ha libertado á sus santos y á sus mártires.

En aquella especie de desamparo de la Divinidad que hacía doblegarse á la naturaleza humana, le apareció un ángel del cielo para confortarle. Levantóse después, y fué donde estaban sus discípulos ; encontrándoles dormidos á causa de su vehemente tristeza, y les dijo : « ¿ Por qué dormís ? Levantaos y orad para que no entréis en tentación ». Entrar en tentación es abandonarse al torrente que todo lo arrastra, y sólo la oración resiste á la fuerza de ese torrente. Jesús volvió á separarse de nuevo, oró otra vez, y al volver hacia sus discípulos, les volvió á encontrar adormecidos sin que supieran qué decirle.

Por tercera vez se retiró y oró, diciendo también : « *Abba*, Padre, traspasa de mí este cáliz, pero hágase tu voluntad ». Nota un autor que la compasión de Jesús hacia los judíos se deja descubrir en aquel modo con que habla de *aquel cáliz* que ellos llenan y le presentan con una dureza que tan cara ha de costarles. Vese también en sus palabras una prueba de afecto hacia sus futuros mártires, á fin de que cuando se les presente el cáliz le beban como él va á beberlo, sin negativas amargas y sin desfallecimientos, sin consuelo. Los Santos Padres encuentran también relación entre las tres veces con que Jesús hizo aquella oración suprema y los tres muertos por él resucitados : el primero en su casa ; el segundo cuando iban á enterrarle, y el tercero cuando se hallaba ya en la tumba, figuras de los tres estados diferentes del pecador. Puesto que el cáliz era el rescate, era también la expiación de todos los pecados ; y además aquella triple oración nos enseña que se debe orar para obtener la remisión de los pecados pasados, presentes y futuros.

La autenticidad del jardín de los Olivos es innegable ; la mera inspección de los Lugares demuestra que corresponde justamente al relato de los evangelistas.

Cuando Nuestro Señor hubo salido del Cenáculo, subió por el valle de

Josefat y detúvose en aquel huerto, perteneciente hoy á los Padres de la Tierra Santa, los cuales hace pocos años lo han rodeado de un alto muro, y convertido en una gran maceta de flores. Se entra en él por una pequeña puerta, sumamente baja, abierta en el muro que mira al monte Olivete; es cuadrado, su extensión excede de cien pasos cuadrados, cercados por verjas ó barandillas de madera, en cuyo centro, protegidos por montones de tierra y rodeados de flores, existen en él ocho olivos extraordinariamente corpulentos, de una antigüedad tan notable, que puede muy bien creerse con una no interrumpida tradición, que si no existían en tiempo de Jesucristo, si no son los mismos bajo cuyas sombras instruyó tantas veces el Maestro divino á sus discípulos, muy bien pueden considerarse como retoños de aquéllos. Sabido es que el olivo es, por decirlo así, inmortal, porque renace de su tronco; el olivo es uno de los árboles de más larga vida; así es que en la ciudadela de Atenas existía uno hace pocos años, cuyo origen subía hasta la fundación de la ciudad.

« Sea de esto lo que fuere, escribe un autor moderno, es indudable que los venerandos olivos del huerto de Gethsemaní existían ya en el lugar donde hoy los vemos, cuando el islamismo se apoderó de la Palestina. La prueba es concluyente: una de las primeras disposiciones tomadas por los hijos de Mahoma, consistió en sujetar á un impuesto todo árbol nuevo que se plantase en el país. Ahora bien: los olivos de Gethsemaní no han pagado nunca este tributo; luego, cuando menos, hay que reconocerles doce siglos de existencia ».

Se explica, pues, perfectamente que hablen de estos sagrados olivos, no solamente los viajeros y peregrinos más remotos, sino también los documentos más antiguos que se han encontrado en los archivos.

He aquí como sobre el particular se expresa el Dr. Sdubert, escritor protestante y botánico distinguido: « Hay en este huerto algunos olivos antiquísimos que hasta los turcos miran con piadoso respeto, no consintiendo que sean profanados. Su aspecto, junto con la idea de antigüedad que pueden alcanzar, motiva la opinión que refiere su origen á remotos siglos. Tienen huecos los troncos, y para que el viento no los derribe hanse rellenado levantando en torno montones de piedras para protegerlos y asegurarlos ».

Las siguientes palabras de Lamartine constituyen otra razón de credibilidad en estos antiguos testigos de las oraciones y agonías de Jesús: « A corta distancia de la gruta de Gethsemaní, dice, hay un reducido terreno al que dan sombra siete (ocho) olivos que, según las tradiciones populares, son otros de los árboles al pie de los cuales se recogió y oró

Jesús. En efecto, llevan en los troncos y descomunales raíces la fecha de los diez y ocho siglos que han transcurrido desde aquella memorable noche. Corpulentísimos son, formados como todos los olivos seculares de varios troncos que al parecer se incorporan con el árbol bajo una misma corteza, formando como un grupo de columnas. Aunque casi secas, las ramas todavía producen algunas aceitunas. Recogimos las del suelo, y haciendo caer algunas más con piadosa discreción, llenámonos los bolsillos para llevarlas como reliquias de esta tierra á nuestros amigos. Bien alcanzo cuán grato ha de ser para el alma cristiana rezar teniendo entre los dedos los huesos de las aceitunas de los árboles cuyas raíces regó Jesús y quizás fecundó con sus lágrimas cuando por última vez oró en este huerto. Si no son los mismos troncos de entonces, á lo menos son probablemente renuevos de aquellos sagrados árboles. Empero todo induce á creer que son los mismos: yo, que he recorrido todas las comarcas donde se cría el olivo, puedo aseverar que este árbol vive siglos enteros, y que en parte alguna los he encontrado mayores que aquí, aunque en terreno pedregoso y estéril ».

De aquellos sagrados olivos, los más venerables después del de la Cruz, pues Jesús oró en sus frondosidades, y honrados por los peregrinos de todas las religiones, conserváronse nueve hasta hace dos siglos: el noveno murió, según se cuenta, á manos de la devoción indiscreta de los pelegrios, quienes no querían regresar á su patria sin ser portadores de huesos de aceitunas y alguna rama de dichos olivos. El Padre Bassi, empero, dice: Hasta no sé que año de este siglo (del suyo), eran todavía nueve, pero un turco por odio á los cristianos, cortó uno y se lo llevó. Pocos días después, el ladrón cayó gravemente enfermo y murió; pero antes de morir restituyó el árbol á nuestros religiosos, propietarios de Gethsemaní, los cuales hicieron de él cruces y rosarios para distribuir entre los peregrinos.» Actualmente tan sólo pueden tocarlos los Franciscanos, sus custodios, los cuales se complacen en repartir entre los piadosos peregrinos una botellitas de aceite fabricado con las olivas que los renombrados árboles producen, algunos huesos de las aceitunas que se caen, y pedazos de las ramas que se secan. Asegúrase que hay lanzada excomunión mayor contra el atrevido que tome algo de estos árboles venerandos. Los ocho que quedan en la actualidad, apenas tienen ramas y hojas; sus troncos, en cambio, son descomunales, midiendo uno de ellos ocho metros de circunferencia, y presentando su corteza un aspecto tan vetusto, que se parece más á la corteza escabrosa de la secular encina, que á la lisa y brillante del olivo joven.

El muro protector con que en 1847 fué rodeado este jardín por los